

Joan Fuster

LA CONVERSACIONES POÉTICAS DE FORMENTOR

La iniciativa no podía ser mejor: reunir por una semana a un grupo –nutrido– de poetas, y tentarles a plantearse y a discutir los problemas esenciales de su oficio. Camilo José Cela y el hotel Formentor la han realizado con estupendo tacto y amable generosidad. Las Conversaciones Poéticas de Formentor empezaron el día 18, ante este paisaje severo y amistoso de Mallorca, entre el mar y los pinos, con el topónimo ilustrado por un poema célebre de mosén Costa i Llobera. Para los poetas convocados, las Conversaciones con la oportunidad de una vacación insuperable, y así lo agradecemos: con las bondades de los anfitriones y el paisaje feliz, encontramos la ventura de una buena compañía y el aliciente del debate profesional. Por su parte, Formentor reanuda su hospitalidad cultural, que antes de la guerra ya sirvió a la Semana de la Sabiduría del conde de Keyserling y que, después de estas «Conversaciones», continuará con unas jornadas dedicadas a la novelística de nuestros días.

Para albergar nuestras charlas, el hotel ha dispuesto un nuevo pabellón en sus inmediaciones: el Club de los Poetas. Junto a la puerta hay una gran jaula con un guacamayo gritón y de plumaje abigarrado: un cartel con el nombre de José María de Heredia indica que el animal se llama así. «Es lo más parecido que existe a un poeta suramericano que escribe en francés», dice Cela, que lo ha bautizado. El Club es un local cómodo y acogedor. En sus paredes cuelgan pinturas de Soria y de Monjalés, y sobre los muebles hay esculturas metálicas de Alfaro. Los tres artistas valencianos exponen aquí, expresamente invitados para la ocasión, y antes de hacerlo en Palma. Cada día, al atardecer, acudimos al Club y pasamos dos horas largas de polémica apacible. Es difícil hablar de poesía, y más difícil aún que los poetas hablen juiciosamente de poesía y no sólo de «su» poesía. Pero esa dificultad no parece dejarse sentir entre nosotros.

Cela ha procurado que presidan nuestras sesiones unas cuantas figuras representativas de la poesía hispánica actual: Dámaso Alonso, Carles Riba, Aquilino Iglesia Alvariño, Vicente Aleixandre, Gerardo Diego, Miquel Forteza y L. F. Vivanco. Los asistentes procedemos de los más diversos puntos de la geografía literaria: americanos, ingleses, franceses, alemanes, castellanos, gallegos, y catalanes, baleares y valencianos. Las procedencias estéticas no son menos variadas. Esta pequeña babel de la poesía, por fortuna, no tiene la menor prosopopeya académica, a pesar de que los académicos –de título o de profesión– abundan entre nosotros: se ajusta, por el contrario, y exactamente, al nombre que se le ha dado, y se trata de eso, de unas «conversaciones» nutridas de cordialidad, de comprensión, de familiar deferencia. Naturalmente, después de cada coloquio, cada participante –de los que hablan o de los que escuchan– se queda con las mismas convicciones que ya tenía antes. Pero lo importante es que las puso a prueba, las aireó y constató.

Los temas con que vamos enfrentándonos no son, por cierto, triviales ni sencillos:

«Poesía y lenguaje», «Conocimiento poético», «Nuestras lenguas poéticas», «Los objetos poéticos». Hay mucho que hablar de todo ello. Sería, desde luego, terriblemente ingenuo pretender que los «conversadores» lleguemos a conclusiones claras y unánimes. Estas Conversaciones no son un «congreso» de los que ahora se usan. Nos basta con eso que se diría «cambiar impresiones». Y lo hacemos no sólo en las horas formalmente destinadas a ello, en los crepúsculos del Club, con el mar gris y duro en el horizonte, sino también en los paseos, mientras comemos, en las tertulias del café. La «conversación» es, pues, permanente. Los temas no nos abandonan, ni les abandonamos. La idea de Cela, al convocarnos a Formentor, será fructífera para todos. Y hasta –¡quizá!– para la poesía (en minúscula).

[*Levante*, 28 maig 1959]

